



Andrea Izquierdo

MI OTRA
MITAD

CROSS
BOOKS

Andrea Izquierdo

**MI OTRA
MITAD**

**CROSS
BOOKS**

Crossbooks, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Andrea Izquierdo, 2018
© de la imagen de cubierta: Bendik Stalheim Mller / EyeEm /
Getty Images
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-08-19400-2
Depósito legal: B. 16.142-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Cuando llegó mi turno y me tocó hablar, me quedé completamente muda, sin saber qué decir.

Miré a mi alrededor, pensando si realmente yo estaba allí o si todo aquello no era más que un sueño. En los últimos meses me había dejado llevar por lo que mi mente quería mostrarme cada vez que me quedaba dormida, así que no me habría sorprendido que simplemente estuviera soñando. Sin embargo, no era así. En esta ocasión me estaba enfrentando a algo que no era fruto de mi imaginación. No sonaría el despertador para salvarme de una mala pasada. No me daría la vuelta en la cama, intentando conciliar de nuevo el sueño, aun a sabiendas de que la pesadilla podía continuar. No pospondría la alarma. Porque se podía ignorar un sueño, pero no la vida real.

Caras que no conocía de nada me observaban con atención, a la espera de escuchar mi historia. Era mi primer día en aquel lugar, y no tenía ni idea de cómo funcionaba un grupo de apoyo. Además, no me sentía cómoda en el silencio que se había formado en la sala de paredes azules. La sensación era de agobio constante. Lo primero que pensé al verlas fue que, a pesar de que se hubieran esforzado para que aquello no pareciera un hospital, no habían tenido mucho éxito en su propósito. Pensé en todas las personas que pasaban sus días encerradas en un lugar así e imaginé lo difícil que sería para ellos. Y lo incom-

prendidos que se sentirían. Si yo no podía aguantar más de una hora en el hospital Margaret Sanger...

Diez pares de ojos me miraron fijamente, a la espera de mis palabras, ávidos por conocer el motivo por el que me encontraba entre ellos. Formábamos parte de un círculo irregular sentados en sillas demasiado incómodas. En total, éramos doce personas: la psicóloga, que nos pidió que la llamáramos Sabrina, y once participantes. Los otros diez parecían prestar mucha atención excepto uno, que prefería perderse en sus pensamientos y observar lo que ocurría por la ventana a escuchar lo que yo tenía que decir. Y, en realidad, lo prefería así. No me gustaba que me taladraran con la mirada, porque sabía que lo que veían iba más allá de lo que los ojos podían apreciar.

No hizo falta que dijera mi nombre, porque en el mundo la mayoría de las personas, sobre todo aquí, en los Estados Unidos, me reconocía por mi cara. Era algo contra lo que no podía hacer nada. A pesar de que había ganado varios kilos desde que me mudé a Crescent City y que mi forma de vestir y mi pelo habían cambiado en el último año, seguía teniendo el mismo problema. Miradas, susurros y silencios que lo decían todo cada vez que salía de casa.

De ahí que decidiera lanzarme y hablar en aquel momento, para desviar la atención de mi apariencia a mis palabras. En cuanto abrí la boca y conseguí decir algo, hasta el chico que había estado mirando todo ese rato por la ventana recuperó el interés por mí.

—Me llamo Emily... Jones. —Siempre que podía intentaba hacer una pausa entre mi nombre y mi apellido, como si eso fuera a cambiar algo. Noté que la persona que estaba a mi derecha se removía en la silla, lo que me obligó a pensar que era porque se sentía igual de incómoda que yo, y no porque hubiera comenzado a hablar—. Tengo diecisiete años y me he mudado a Crescent City desde Sacramento para cambiar de aires.

Miré hacia abajo, intentando encontrar una vía de escape dejando divagar la vista en el tejido de mis pantalones vaque-

ros. Tragué saliva, esperando que aquello que había dicho fuera suficiente. Ya había notado varias miradas indiscretas, a la espera de que contara más cosas, quizá algo que no hubiera salido en los periódicos o en la televisión. Así era como me sentía cuando salía a la calle: como si yo fuera la exclusiva andante de un caso sin resolver.

La psicóloga que dirigía el grupo, Sabrina, hizo un gesto con la cabeza, invitándome a proseguir con mi historia. La miré de reojo, y mis temores se confirmaron. Quería evitar el tema, así que, como no encontré otra escapatoria, decidí continuar por el camino «fácil».

—Por ahora, mi meta es superar el divorcio de mis padres y encontrar apoyo a la hora de... de conocer gente nueva aquí. —Mi voz sonó más grave de lo normal, como si le estuviera dando una mala noticia a alguien.

En cuanto terminé la frase, me arrepentí de haber dicho aquello. ¿Realmente quería conocer gente nueva? No, había hablado demasiado de prisa, sin pensar. En realidad, estaba mejor sola, a mi bola, encerrada en mi habitación siempre que podía y saliendo solo para lo estrictamente necesario.

Sabrina asintió, más convencida con mi intervención, y fijó la vista en otra persona, dispuesta a hacerle una pregunta. Por ahora, en aquella terapia de apoyo entre jóvenes participaron un par de personas que habían tenido conflictos por peleas con familiares o en el instituto, una chica que había sufrido acoso escolar toda su vida y un chico que acababa de superar un problema de agorafobia y llevaba ya dos meses saliendo a la calle después de casi tres años sin abandonar su cuarto a causa de la enfermedad. El resto todavía no había dicho nada. Tampoco el chico que miraba melancólicamente por la ventana.

Tosí para aclararme la voz, aunque fui consciente de que lo más probable era que ya no tuviera que intervenir más veces en lo que quedaba de sesión. No esperaba que me presionaran más en mi primer día. O al menos eso había visto en internet, en foros donde la gente contaba sus experiencias en

grupos de apoyo, en los que yo no había participado nunca. Había tenido consultas privadas con psicólogas y psicólogos en los últimos meses, a veces sola, otras acompañada de uno de mis padres, pero jamás había hablado de ello delante de un grupo. Ser consciente de que ya no tendría que decir nada más hizo que se me relajaran los músculos, y me di cuenta en ese momento de que había estado tensando los de la espalda durante más de quince minutos.

El turno de los adolescentes y jóvenes que me rodeaban fue saltando de uno a otro, y llegó un momento en que perdí la concentración y me relajé, al ver que Sabrina no se dirigía a mí de forma directa durante el resto de la sesión.

Fijé la vista en el chico que tenía justo enfrente y vi que seguía ensimismado, buscando algo con la mirada. De vez en cuando sus ojos cambiaban de objetivo, como si estuviera esperando a que alguien apareciera en la puerta del hospital para ir a buscarlo. Tenía el pelo corto, oscuro y las cejas pobladas. Los ojos de color verde destacaban sobre su piel blanca, algo más morena por la zona de los brazos. Vestía de manera muy sencilla, con una camiseta básica y unos pantalones que parecían de chándal, como si fuera en ropa de andar por casa. En general, mostraba un aspecto un tanto desaliñado.

Aparté la mirada en cuanto se volvió de nuevo hacia el grupo porque le tocaba intervenir. La psicóloga se dirigió al chico como Liam, y dijo algo más que no llegué a captar, probablemente un segundo nombre o su apellido. El chico se recolocó en la silla y posó los ojos en cada uno de nosotros mientras hablaba.

—Bueno, la verdad es que no hay novedades. La semana que viene os contaré más. —Su voz sonó monótona, como si se estuviera aburriendo y solo pensara en salir de allí.

Después se cruzó de brazos, como si eso fuera lo único que iba a aportar a la sesión de hoy. Sabrina puso buena cara y, sin presionarlo, le preguntó si podría hablar de cómo se había sentido durante los días que habían pasado desde la sesión ante-

rior. Para mí la reunión de hoy era la primera, así que no tenía ni idea de a qué se refería.

El tal Liam evadió la pregunta de una forma muy elegante, repitiendo lo que había dicho hacía unos instantes, así que el turno pasó al siguiente. Nunca me había considerado cotilla, pero lo que sus palabras ocultaban hizo que quisiera saber más sobre él. Después, recordé que yo misma suscitaba aquella sensación entre algunas personas, de manera que me sentí mal por pensar así. No quería ser una hipócrita, pero a veces mi cerebro se adelantaba y actuaba por sí mismo.

No fui consciente hasta entonces de que no había despegado los ojos de él desde que había comenzado a hablar, y cuando me pilló mirándolo, levantó la ceja, esperando a que hiciera algo. Normalmente habría apartado la cara al instante, pero la mantuve en su dirección unos segundos y disimulé, haciendo como que estaba fijándome en varias personas y no solo en él. La chica que se había sentado a mi lado me sirvió de excusa para desviar mi atención cuando se levantó arrastrando la silla. Tenía el pelo rubio y lacio, con las puntas de color castaño claro. Se disculpó con Sabrina, justificando que tenía que marcharse antes por ciertos motivos familiares que parecía haberle contado antes. Sabrina asintió y le dedicó una sonrisa sincera.

Cuando la chica se marchó, la psicóloga se puso de pie. Como todos a mi alrededor la imitaron, me apresuré a hacer lo mismo. Dimos un par de pasos al frente, formando un círculo, ahora sí, casi perfecto. Sabrina nos miró a todos, uno por uno, antes de hablar, con los ojos muy abiertos y sosteniendo unas hojas con ambas manos pegadas al pecho.

—Muy bien —comenzó, asintiendo con lentitud—. Hoy os he preparado una pequeña actividad que creo que os puede ayudar para ir avanzando, a cada uno de vosotros, en vuestras metas personales. Voy a repartir unos folios en blanco —dijo, mientras echaba a andar para darnos una hoja por per-

sona—. No os preocupéis porque nadie más va a leerlo, os lo quedaréis vosotros, así que podéis escribir lo que queráis.

Dos chicas murmuraron entre ellas, y volvieron a guardar silencio cuando Sabrina continuó hablando.

—Os voy a pedir que os repartáis por la sala; cada uno que se coloque donde quiera. Quiero que individualmente anotéis algo, lo que sea, que queráis hacer desde hace tiempo y no hayáis conseguido hasta ahora. —Hizo una pausa. Aquella mujer tenía una voz muy dulce—. No tiene que ser algo importante, puede ser un pequeño acto, como entablar una conversación con una persona con la que queremos mejorar nuestra relación... No quiero poner ejemplos porque me gustaría que cada uno de vosotros pensara en algo personal —añadió, terminando de repartir las hojas.

Volvió al sitio en el que se encontraba antes. Miré de reojo a la persona que estaba a mi izquierda, que movía el folio entre los dedos haciendo un ruido extraño. Después me fijé en Liam. Escuchaba atentamente las instrucciones de la psicóloga, lo cual me sorprendió, vista su actitud durante el resto de la sesión.

—En la mesa que hay en esa esquina tenéis bolígrafos y lápices —continuó diciendo Sabrina—, por si acaso no os los habéis traído de casa, de modo que empezad cuando queráis. Cuando terminéis, podéis marcharos. La idea es que escribáis algo a lo que os gustaría enfrentaros especificando por qué, llevárolo a casa, intentadlo, y lo compartiremos aquí la semana que viene. ¿Entendido?

Todos asintieron en silencio excepto un chico, que levantó la mano.

—Dime, Víctor —dijo Sabrina.

—¿Cómo de difícil tiene que ser el reto? —preguntó el chico con un marcado acento hispano.

Ella le sonrió.

—No es una cuestión de dificultad, sino de si te encuentras preparado para hacerlo —le respondió ella con voz amable—.

Por eso os he dicho que vosotros elegís lo que queráis hacer, que puede ser cualquier cosa, ya que, como hemos hablado muchas veces, lo que para alguien puede resultar una tontería para otros puede ser muy difícil de llevar a cabo, o de comprender... De manera que tenéis total libertad, también para compartirlo o no el próximo día. Aunque os animo a que lo hagáis, para ponerlo todos en común y así escuchar al resto y observar los progresos de cada uno de vosotros. ¿De acuerdo?

Víctor asintió y se sentó en el mismo lugar que había ocupado los cuarenta y cinco minutos anteriores. Sacó un bolígrafo de su bandolera y se puso a escribir en el folio doblado por la mitad. Parecía que tenía muy claro lo que quería hacer.

El resto hizo algo parecido, y casi todos se mantuvieron en sus sitios. Muy pocos se dispersaron por la sala. Yo me acerqué hasta el lugar donde Sabrina había dejado los bolígrafos, y en esa misma mesa me apoyé para escribir mi propósito. Puse mi nombre en la parte superior derecha de la hoja, una costumbre que tenía desde secundaria, y coloqué el bolígrafo en posición de escritura... aunque sin saber qué poner.

¿Qué era lo que realmente quería? ¿Qué podía hacer para conseguirlo? La relación con mis padres era un poco distante desde la desaparición de Aria y, sobre todo, desde la mudanza. Fijé la vista en los dibujos de las vetas de la madera de la mesa mientras pensaba en algo. Al cabo de un minuto, se me ocurrió una idea, así que la anoté deprisa, sin prestar atención a si hacía o no buena letra.

A unos metros de donde me encontraba, Víctor se levantó de su silla, que chirrió al rozar contra el suelo. Recogió su bandolera y se la colgó en el hombro derecho con un gesto grácil. Se despidió de todos en voz alta y echó a andar hacia la puerta, guardando el folio doblado por la mitad en el bolsillo exterior. Fue el segundo en salir, después de una chica que apenas había hablado durante la sesión. Esperé a que varias personas también abandonaran la clase para hacerlo yo a continuación, hasta que Sabrina me llamó.

—Emily, ¿puedes venir un segundo?

Miré a mi alrededor para ver si la gente se había fijado en que se había dirigido a mí directamente, pero entre el ruido de las sillas y alguna leve conversación de fondo, nadie pareció percatarse.

—¿Sí? —pregunté, nerviosa por si había hecho algo mal mientras me acercaba a ella.

Quizá había intervenido muy poco para lo que se esperaba de mí el primer día, de manera que comencé disculpándome con ella por apenas haber dicho nada. Sin embargo, solo quería preguntarme si me había sentido cómoda en la sesión y si me vería en la siguiente, a lo cual respondí afirmativamente. Si estaba ahí, era porque realmente pensaba que me podía ayudar formar parte de algo. Lo que fuera. Mi madre me había insistido en que participar en un grupo de apoyo podía irme muy bien, así que no opuse resistencia cuando me apuntó a los pocos días de dejar atrás Sacramento e instalarnos en Crescent City.

Me despedí de ella hasta la siguiente reunión. En el fondo, me preocupaba que hubiera una próxima vez por el hecho de que tendría que contar mi verdadera historia en algún momento, pero decidí no pensar mucho en ello. Fui de las últimas en salir de la sala, y respiré con fuerza en cuanto puse un pie en el exterior. Noté la humedad del ambiente, algo a lo que todavía no me había acostumbrado desde que había llegado. El sol del norte de California seguía alto en el cielo, a pesar de que se acercaba la hora de cenar, y me alegré al notar su calor en el rostro. Era una sensación que me relajaba, así que me dejé llevar por ella, intentando vaciar mi mente de los pensamientos que me controlaban.

Había una niña de ocho años frente a mí. A simple vista podía parecer una niña cualquiera, anónima; pero yo lo sabía todo de ella.

Sabía que tenía ocho años, cinco meses y veintisiete días de vida.

Sabía que el tono de sus ojos era exactamente el mismo que el de los míos.

Sabía que tenía una peca en el muslo derecho.

Sabía que hablaba en sueños y que dormía siempre con un canguro de peluche.

Sabía que no le gustaba el chocolate negro y que la volvía loca el blanco.

Sabía que su pelo era castaño oscuro, y que emitía brillos más claros bajo la luz del sol.

Sabía que le gustaba discutir tanto como a mí, y que muchas veces la llamaban por otro nombre.

El mío.

Pero también sabía que no nos importaba.

Desde que llegué a este mundo, unos minutos antes que mi hermana gemela, supe que mi vida sería especial. Bueno, quizá en ese momento todavía era demasiado pronto para saberlo, pero lo cierto fue que crecer a su lado se convirtió en una aventura que compartir cada día. Podíamos divertirnos con los mismos juegos que el resto de los niños y, además, teníamos uno diferente. Un juego que nosotras mismas habíamos creado: pensar que éramos la misma persona.

Aquello era algo que nos gustaba. Aria se ponía enfrente de mí y, actuando como si hubiera un espejo invisible entre nosotras, podía-

mos estar horas imitándonos la una a la otra. Si yo me rascaba la mejilla derecha, ella hacía lo mismo, aunque en la izquierda. Podría asegurar que, en esa época, pasamos más tiempo entreteniéndonos así que de ninguna otra manera. No jugábamos con muñecas ni videojuegos: lo que nos gustaba era actuar ante aquel espejo irreal, como si fuéramos la misma niña.

Hasta que dejamos de querer serlo.